



elegancia en la intimidad con...

Sinfonía



las prendas de calidad y  
diseño actualísimos:

Sinfonía

## MUSICA

### festival de música contemporánea (I)

EN octubre del pasado año 1961 anunciamos que, con una desmesura que tópicamente se considera muy española, después de casi treinta años de una falta absoluta de actividad internacional organizada en el campo de la música actual, esta temporada se iba poder asistir a tres festivales: el Festival de América y España; la Bienal Internacional de Música Contemporánea, y el Festival de la SIMC, que justamente se está celebrando por estos días en Madrid.

La Sociedad Internacional de Música Contemporánea es uno de los organismos más veteranos en la protección y difusión de la música de nuestro tiempo que sea dable encontrar en este momento. Dependiente de la Unesco, presidida por el doctor Heinrich Strobel, todos los países que lo desean pueden participar en ella mediante el pago de una cuota anual que les da derecho a enviar las obras que seleccionan los miembros de su representación anualmente —de entre las enviadas por los compositores de su país— a un Jurado Internacional, que es quien hace la selección definitiva, selección que compone el programa de cada Festival.

Desde 1936, en que se celebró en Barcelona, España no había hospedado aquél. Este año lo ha hecho. La Orquesta Nacional, la de la Radio, conjuntos de cámara y un grupo de artistas españoles —con la colaboración de varios extranjeros— de entre los más notables, junto con el trabajo de la Sección Española de la SIMC —integrada por Oscar Esplá, Joaquín Rodrigo, Federico Mompou, Manuel Palau, Xavier Montsalvatge, Enrique Franco y Antonio Iglesias— y el patrocinio del Ministerio de Información y Turismo, así como la colaboración del de Educación Nacional, han hecho posible tal cosa.

Bien se puede hablar de una puesta al día general de la vida musical española con respecto a la de los países más desarrollados de Europa. Ahora sólo falta que tales manifestaciones tengan lo más necesario y difícil: continuidad.

Las actividades propiamente musicales comenzaron el día 20 de mayo en el auditorio del Ministerio de Información y Turismo. Odón Alonso dirigió la Orquesta de la Radio y Televisión Española, junto con la coral «Tomás Luis de Victoria», la soprano Alice Gabbai y el pianista Tadashi Kitagawa. Se escucharon obras de Yorgo Sicilianos, griego; Yuritsuné Matsudaira, japonés; Friedrich Cerha, austriaco, y André Jolivet, francés. Este último, compositor ya consagrado, figuraba en el programa —como en otros lo hacían Bartók, Schoenberg, Berg, Webern o Stravinsky— en virtud de la facultad que tiene el Jurado Internacional de incluir obras de compositores clásicos del siglo XX, si su importancia lo justifica.

La obra de Sicilianos, «Stasimon B», es un vasto poema sobre texto griego clásico. La obra, evidentemente ambiciosa, es, en muchos momentos, hermosa, pero parece resentirse de una cierta sintonía general, quizá debida a una sensibilidad tradicional a la que no parecen adecuarse los medios empleados.

Matsudaira, uno de los patriarcas de la música actual japonesa, hacía oír su «Concierto para piano y orquesta», excelentemente tocado por Kitagawa. En muchas obras de Matsudaira, la conjunción entre la música tradicional japonesa —en particular del Gagaku, la música de corte que se origina en el siglo VII— y las actuales tendencias, se lograba sorprendentemente bien. No ocurre así en el presente concierto, en el que la sustancia musical es tan pobre que la sensación de aburrimiento y fracaso se impone casi irremediabilmente. Ello no es obstáculo para que Matsudaira tenga otras obras en las que la síntesis cultural Oriente-Occidente se produzca con admirable justeza.

Cerha, figura descolante de la vanguardia austriaca —no sólo como compositor, sino también como director del grupo «Die Reihe»,—, hacía oír su «Spiegel II», para cuerda sola, obra de una belleza e interés realmente grandes. Masas sonoras en perpetua fluctuación, líneas imprecisas, creación de un clima: he aquí, posiblemente, sus características más acusadas y también su mayor encanto. Respecto a la «Segunda Sinfonía», de Jolivet, no diremos sino que pertenece al período de plena madurez de su autor y que, lógicamente, se trata de una obra lograda dentro de su estilo, no precisamente el más vigente, tanto hoy como en el momento de ser creada.

El segundo concierto, que tuvo lugar en el Instituto Nacional de Previsión, fue dirigido por José María Franco Gil, Gilbert Amy y Heinz Holliger, actuando como solistas Teresa Tourne, Meinard Kraak y Jeanne Deroubaix. Se incluyeron obras de Alexander Goehr, inglés; Riccardo Malipiero, italiano; Gilbert Amy, francés; Luis de Pablo, español; Motohiko Adachi, japonés; Heinz Holliger, suizo, y Béla Bartók.

Las «Fantasías para clarinete y piano», de Goehr, revelan una buena factura general, pero carecen de imaginación y sentido estético. El resultado es, lógicamente, de una grisura tediosa que apenas si pudo salvar la excelente versión de Keith Puddy y Vivian Troon. La obra de Malipiero, «In time of Daffodils», sobre textos de Cummings, sería muy hermosa si su autor la dejase reducida a la mitad de su duración. Su materia musical es sensible y lírica, pero está expuesta reiteradísima veces. Ello supone un inconveniente serio para su comunicabilidad, ya que al espectador termina por serle indiferente uno u otro resultado.

Gilbert Amy dirige su «Alpha-Beth». Se trata de una obra cuya perfección de escritura es evidente —como también lo es la influencia, por lo demás legítima, del Boulez del «Martillo sin dueño»,— pero de una cierta monotonía de procedimientos. El reproche de excesiva duración hecho a Malipiero, habría que hacerlo también, si bien en menores términos, a Amy, excelente compositor en tantas otras ocasiones.

Respecto a mi propia obra, no será necesario decir que no puedo hablar. Sólo dejar constancia del magnífico trabajo del director, José María Franco Gil, y de los intérpretes. De forma general, vaya aquí la gratitud y admiración por la labor realizada por todos ellos, ya que gracias a su abnegación, entrega y trabajo, ha sido posible este Festival. Muchas veces, el público asistente a los conciertos no percibe el número de horas de ensayo, estudio y dedicación que son precisas para que una obra le sea adecuadamente presentada. Es de estricta justicia decirlo en público desde aquí.

Motohiko Adachi, japonés, presentaba su «Concierto para instrumentos de cuerdas», obra anárquica en cuanto a la forma y excesivamente expresionista como resultado, aunque también reveladora de una cierta sensibilidad, muchas veces sepultada por la falta de habilidad de una mano aún inexperta en el oficio. Heinz Holliger hizo oír su «Ardiente enigma», obra realmente hermosa, de tímbrica cuidada y realización matizadísima, aunque quizá de un cierto primitivismo estético, es decir, con una concepción musical excesivamente al servicio de lo dicho en el texto, idea no demasiado en consonancia con la sensibilidad presente. Pero, repetimos, el resultado es hermoso y sugerente. No hablamos de los «Contrastes» de Bartók, interpretados en la misma sesión, por ser ya obra de repertorio.

LUIS DE PABLO